



Escritoras Unidas & Cía. Editoras

UNA CIERTA MIRADA

viviana marcela iriart

Una Cierta Mirada

viviana marcela iriart

Foto portada: **vmi**

Diseño portada y libro: **JCB**

© 1995- 2016 [viviana marcela iriart](#)

© 2016 [Escritoras Unidas & Cía. Editoras](#)

Todos los Derechos Reservados

Contacto: escritorasunidas@gmail.com

Abril 2016

DIARIO DE FRANCESCA

No he hablado todavía de Gal. Es curioso. Es la primera vez que escribo su nombre. Gal. Me gusta escribirlo. Me gusta decirlo. Tuve que repetirlo muchas veces para aprendérmelo. No es un nombre común para mí.

Comenzaré por describirla. Gal es alta, morena, un tanto exótico su rostro. Su altura armoniza con toda ella y la coloca en el punto ideal entre el cielo y la tierra. Como si el sol la llamara, su porte es altivo. Pero su altivo no es el de la soberbia, no, sino el de la plenitud. Gal siempre parece una flor a punto de abrirse. Gal promete.

Como si fuera una segunda piel, un bronceado que parece ser el guardián de la luz de todos los veranos se extiende gozoso por todo su cuerpo. Un color que es como una llama de caoba recién nacida al viento. Vivo. Canela y salitre.

Sus ojos son levemente rasgados, marrones, expresivos, bellos. Unos ojos por donde parece pasar el mundo. Unos ojos que lo dicen todo, o lo ocultan todo. Una ventana en la que me he asomado tímidamente a mirar y sólo me he encontrado con mi propio reflejo. Gal es un misterio.

Su boca es generosa, de labios sensuales rojo vino tinto. Una boca que siempre parece estar anunciando peligro. Sus labios, siempre un poco abiertos

como para un beso, dejan vislumbrar apenas el húmedo tesoro que guardan celosos.

Su cabello es la selva africana a la que no pertenece pero a la que, parece, le gustaría pertenecer. Porque su cabello negro tiene rizos que no son naturales, pero natural es la forma en que caen, salvajes y libres, sobre sus hombros delgados casi siempre desnudos.

En Gal nada desentona y su nariz, asomándose apenas entre sus mejillas, es una obra de arte creada por un vientre materno. Una nariz atenta a los cálidos olores que el placer produce.

Pero Gal, aunque pícara, se mueve inocente del efecto que causa en los otros y, como si el destino nunca le importara demasiado, camina arrastrando levemente sus pies. ¿Le pesa la vida o le pesan las ganas?

Y ese caminar casi con desgano de Gal se vuelve terriblemente sensual porque sus caderas, rompiendo apenas la armónica delgadez de toda ella, se asoman felices a ese paseo, cimbreándose con la cadencia del ritmo de un tambor africano.

Su cuerpo tiene la suavidad y la leve oscilación de las playas caribeñas. Su mirada, en cambio, tiene el misterio, la rebeldía y la libertad de la selva amazónica. Una mirada de siglos en unos ojos de no más de 30 años.

Gal, se nota, no nació para ser flor de ningún florero, planta de ningún jardín. Gal tiene la elegancia y la suavidad de una gacela. Lo salvaje, majestuoso y arisco de una tigresa que nunca tuvo dueño. Gal es el día y es la noche.

DIARIO DE GAL

Hoy comenzó a trabajar una empleada nueva. No sé su nombre porque nadie me la presentó. No sé cómo es su voz porque no la oí hablar. No sé cómo es su mirada porque no me miró. No sé nada de nada.

Dos semanas ya y el mismo misterio. Su concentración en el trabajo es patética. Como si lo detestara o lo amara, no aparta sus ojos de la computadora. Nada la distrae, nada la perturba, nada llama su atención.

¿Es necesario aclarar que la rutina de la oficina me tiene aburrída? Es el único motivo por el cual reparo en ella. Siempre me gustó jugar a los detectives y ahora me entretengo inventándole nombres, amantes, vidas.

Hoy llegué de excelente humor y con tanta energía que casi clavo la puerta en la pared al abrirla. Como si fuera un premio lo primero que vi fue la cara de Francesca, aire de melancolía, concentrada en la computadora. Un "¡buenos días!" eufórico invadió la oficina, el mío, y logré que me mirara. No fue mucho. Respondió educadamente, con mucho de sorpresa en su cara, e inmediatamente regresó al trabajo.

Al rato nos cruzamos en el pasillo y yo sin saber por qué, volví a sonreírle. Movi6 la cabeza en un desconcertado saludo, amag6 una sonrisa que no se concret6 y seria, ser6sima, sigui6 su camino. Esta mujer me hace sentir est6pida. Insist6 m6s tarde. Pero parece que es sorda. Esta actitud, adem6s de intrigarme, me desaf6a. ¿Por qu6 me ignora de esa manera?

Pero yo no me dejo vencer tan f6cilmente: la observo sin que me vea y no encuentro nada transparente en ella. Tampoco nada retorcido. Su mirada es l6mpida, clara su sonrisa, pero en conjunto ella es un misterio.

Ha llegado a la agencia por Santiago, el jefe del departamento de dise6o, y por 6l ha conseguido un horario especial de trabajo. "Ensayo por las tardes", argument6 Santiago como si eso fuera algo sagrado. ¿Ensayo qu6?, me provoc6 preguntarle, pero me abstuve. Si averiguo todo sobre ella r6pidamente, ¿con qu6 me voy a entretener ma6ana?

¿Es Santiago su amante? La recomend6 con vehemencia. Aunque casado, Santiago no es la excepci6n a los hombres. Todav6a recuerdo sus apasionados ataques cuando ingres6 a la agencia. Santiago es atractivo, tiene humor y ternura. Es muy f6cil caer en su seducci6n. Pero creo en la fidelidad. No. No es solamente que crea: practico, me esfuerzo, me entreno como si fuera un deporte, d6a a d6a, hora a hora, minuto a minuto, en la fidelidad. Las tentaciones son tantas. Pero ah6

está Walter. Y él es todo lo que quiero aunque a veces no sea todo lo que deseo.

Pero para eso una es católica: para resistir.

Cuando ella se va tiene que pasar obligatoriamente por mi oficina, a recoger las llaves para abrir la puerta. No entra, aparece. No se va, huye.

DIARIO DE FRANCESCA

El primer recuerdo que tengo de Gal se remonta al lunes de la semana pasada. Eran cerca de las nueve de la mañana y la oficina estaba en completo silencio. El teclear de las computadoras se oía como un zumbido de enjambre de abejas histéricas. Sin anunciarse, la puerta se abrió. Una voz oscura, cálida, llena de energía, atravesó el silencio como el paso de una estrella fugaz: - ¡Buenos días!

Sorprendida por esa súbita e inesperada ruptura de la rutina, desvié apenas unos poco mis ojos hacia el lugar de donde provenía la voz.

- ¡Buenos días! - volví a oír y entonces se produjo un estallido de blancura, un encandilamiento de dientes, unos ojos brillando con la luz de cien mil estrellas juguetonas, dos gotas de miel como dos hoyuelos bordeando una boca. Gal me sonreía. Quedé impactada. ¿Quién era esa sonrisa? ¿Quién esa mujer a la que no conocía y que me saludaba como si fuéramos viejas amigas? Gal desapareció antes de que pudiera hacer el intento de recordar. El trabajo, por otra parte, se acumulaba.

Poco tiempo más tarde iba yo absorta rumbo a la oficina del fondo cuando, de repente, sentí que un par de ojos, como dos argollas de caramelo, se

engarzaban a los míos. Gal me sonreía. Agarrada de sorpresa, sólo atiné a devolver su saludo espléndido con una tímida y cortada sonrisa.

Como un río subterráneo, que se oye pero que no se ve hasta que ya es demasiado tarde, la ansiedad comenzó a fluir. Desesperadamente, a borbotones, casi que ahogándome. Me asusté. ¿Quién era esa mujer que con tan sólo dos sonrisas había logrado impactarme tanto?

Aunque tenía quince días trabajando en esa pequeña pero glamorosa agencia de publicidad, no recordaba haberla visto antes. Quizá porque detestaba tanto el empleo que lo único que me interesaba era terminarlo rápido, que el mediodía no me alcanzara nunca en la oficina. Yo no tenía tiempo para las relaciones públicas, que quitan tiempo, que implican retraso. Yo lo único que quería era irme. Volver a la libertad.

DIARIO DE GAL

Pasan tan pocas cosas en la agencia que Francesca, la diseñadora nueva, sigue llamando mi atención.

He escuchado su voz: es extranjera. Golpea las "y" y las "ll" contra el blanco de sus pequeños dientes perfectos como olas golpeando contra un murallón. Como si llevara un caracol en mi oreja, sigo escuchando ese sonido mucho tiempo después de que ella se ha ido.

Fin de semana en la playa. Qué sencilla se ve la vida desde el fondo del mar, qué apacible un mundo que sólo tiene peces multicolores, plantas exóticas, silencio. En el fondo del mar la vida no pasa, es.

DIARIO DE FRANCESCA

Siento un ruido de gata acomodándose en una silla. Un ruido de tela de seda acariciando un tapizado. Un ruido como una tentación. Giro lentamente la cabeza. Gal, terminando de sentarse, con una taza de café en la mano, pregunta:

- ¿Quieres?

- No, gracias - y mi voz suena casi como un pedido de auxilio.

De regreso a casa, caminando las calles asoleadas, verdes y atestadas de gente, no puedo evitar pensar en ella; me pregunto quién es esa mujer y por qué me inquieta tanto verla. Miro al cielo buscando una respuesta y el cielo sólo sabe brindarme un resplandor. ¡Tremenda ayuda!

Mi vida ya es demasiado complicada. No necesito una complicación más.

DIARIO DE GAL

Tres semanas ya y apenas hemos cruzado unas pocas palabras. ¿Le caigo mal? No lo creo, casi no habla con nadie. Pero mi labor de detective está dando sus frutos: es amiga y no amante de Santiago; trabajaron juntos en otra agencia de publicidad; por las tardes ensaya con su grupo de danza moderna. Sé que no es casada porque no usa anillo, aunque como es artista... los artistas no son como uno, con ellos nunca se sabe.

Falta poco para que Walter regrese. Lo extraño enormemente, Walter no debería viajar tanto. ¡Estoy tan expuesta a tentaciones! Su ausencia me obliga a contenerme, contenerme, contenerme. ¡Es exasperante! ¿Y se contiene él? Está tan expuesto como yo. Pero hace cinco años hicimos un pacto de fidelidad sellado con sangre: la roja gotica de su dedo índice uniéndose a la roja gotica del mío. Creo en él como creo en mí.

DIARIO DE FRANCESCA

Nueve de la mañana. Repentinamente tengo la sensación de que la oficina es invadida por un penetrante y adormecedor perfume y me da una especie de vahído: Gal ha llegado y me ha mirado.

A partir de este momento ella comienza a ejercer una sutil dictadura sobre mí. Entra a mi oficina con el porte de una torera entrando al ruedo y yo, completamente subyugada, realmente sin poder evitarlo, volteo cada vez la cabeza para mirarla. Gal espera segura por mi gesto y entonces, triunfante, clava sus ojos en los míos. Yo caigo rendida en una sola mirada.

Repentinamente el tiempo ya no importa, el trabajo no me agobia y, sin saber todavía por qué, ya no tengo prisa por irme. Cuanto más tarde en terminar, más oportunidades tendré de encontrarme con sus ojos.

DIARIO DE GAL

La detective avanza lenta y sigilosamente. Pronto descubrirá el misterio, lo sabe, lo presiente. No se apresura porque el tiempo está de su lado. La intuición y Santiago, informante inocente, son sus aliados. Por ahora la detective ya averiguó que... Francesca vive sola en un monoambiente en Altamira.

Francesca es alta, apenas un poco más baja que yo y cuando camina no parece andar sobre la tierra sino sobre nubes. Francesca es una artista y su arte es ella misma. Yo, que vengo de los números, me pierdo en sus dos por cuatro.

¿Qué tienen sus ojos que me atraen tanto? ¿Qué su mirada? ¿Qué su piel suave, tan suave que mi mano quisiera posarse siempre sobre ella? ¿Qué su cabello lacio, largo, negro, su cabello que es una cascada en la que quisiera hundir mi sedienta mano una y otra vez? Su cabello que brilla tanto como su mirada cuando sonrío, porque cuando está seria Francesca queda sumida en una sombría melancolía que me hipnotiza.

DIARIO DE FRANCESCA

Mi mano derecha está ardiendo. Mi mano quema como una pasión. Mi mano tiembla como una gota de rocío sorprendida por el viento del amanecer. ¡Gal la ha tocado! Queriendo agarrar el ratón ha agarrado mi mano. Y que suave es su piel, tan suave e inocente como la piel de un bebé. ¿Por qué entonces mi mano huye sintiéndose criminal? ¿Por qué si ese roce le gusta tanto? Una mano de mujer conmovida por el contacto casual con otra mano de mujer.

¡Tonta, tonta, tonta! me dice la pantalla de la computadora cuando Gal, ajena a todo lo que ha provocado en mí, se va. ¡Mil veces tonta por haber quitado la mano!

Aturdida de emociones, pierdo la capacidad de analizar lo que está sucediendo. Quedo entonces en manos de la vida.

En la noche tengo ensayo y equivoco todos los pasos. Su rostro y sus miradas me persiguen. Mi mano clama por la suya. Todas las preguntas. Todas las dudas. Todos los miedos. Todo cae sobre mí ensayando una y otra vez el paso equivocado de una coreografía que está sonando a pasión.

DIARIO DE GAL

Voy al gimnasio: bicicleteo mi stress, hago pesas con mis angustias, sudo mis dudas, abdominalizo mis angustias. Todos los días, como una tortura, para mantenerme joven, deseable, para gustarme a mí, principalmente a mí. Me miro al espejo mientras me torturo: me gusto, vale la pena.

Desnuda en el sauna, con una toalla húmeda guardando mis cabellos y otra cuidando mis senos, leo a Kundera para olvidar por qué estoy en el infierno.

DIARIO DE FRANCESCA

Fijos mis ojos en la pantalla, yo sólo estoy pendiente de la puerta. Mis dedos hacen un simulacro de trabajo: no puedo moverlos pero tampoco puedo dejar que nadie sospeche lo que estoy sintiendo. Somos cinco personas en la oficina, incluyéndome. Ocho indiscretos pares de ojitos pendientes de todo movimiento inesperado, ocho orejitas atentas a cualquier sonido extraño.

Así que yo hago como que trabajo, pero el único que trabaja es el tiempo, comiendo pausadamente minutos, unos tras otros, sin prisa, con la calma que le da al tiempo saber que sólo hay minutos y segundos en su vida. El tiempo no sabe nada del amor, nada del dolor. El tiempo sólo sabe de agujas.

Las nueve exactas. Un golpe seco. Salvaje. Nada urbano. Gal ha entrado y pasado. A través del vidrio corrugado que separa su oficina de la mía, veo su majestuosa figura guardando su cartera en la gaveta, prendiendo la computadora, incorporándose al escritorio de mármol como si hubiera sido esculpida junto con él. Entonces, como una revelación, mis deseos tienen nombre.

Desconcertada de todo, soy una esclava de sus miradas esquivas.

Súbitamente me he convertido en una fortaleza sin murallas.

Se para a mi lado y mis ojos, con una independencia que me espanta, se deslizan de los suyos hacia su boca. Su boca roja, abierta, húmeda, tentadora; su boca de la que salen palabras que no oigo, que no entiendo, que no me interesan; su boca que me atrae como un imán y allí su lengua, llamándome:

- ¡Ven! ¡Ven!

Su boca que es el mar y la mía el pecesito intrépido a punto de morir por haberse acercado demasiado a la orilla y que, desesperado, clama por su lengua, ola salvadora que lo devolverá a la mar.

- ¿Oíste? - ruge el mar - ¿Oíste? - vuelve a repetir la ola.

Haciendo un enorme esfuerzo aparto mis ojos de su boca y subo a los suyos que, serios, secos, nerviosos, unos ojos que lo han visto todo, testigos temblorosos de un acto prohibido, niegan lo que su boca ofrece.

Gal y yo quedamos rígidas, como dos estacas en el desierto en medio de una tormenta que sólo nosotras conocemos.

Con lo poquito de mí que he logrado salvar de Gal ordeno a mis pies que se muevan. Adiós Gal, adiós. Adiós, responde ella y hay un punto de angustia, un punto de tristeza en el centro de nuestros ojos. Un largo fin de semana aparece ante nosotras como una sepultura. ¿Logrará enterrar nuestros deseos?

El fin de semana es intenso, de nuevos sentimientos llenando mi vida, porque siempre que una se enamora los sentimientos parecen nuevos. La veo en todas partes y no la encuentro en ninguna. Recorro la ciudad buscando sus pasos, olvidando que los recuerdos dejan huellas pero no pasos.

DIARIO DE GAL

Walter me ha llamado desde Nueva York. Qué bueno oír su voz que me tranquiliza, me serena, me hace sentir que piso tierra firme de nuevo. Porque desde que Francesca apareció extraños sentimientos perturban mis días y mis sueños. Pero hoy Walter me llamó. Su voz cálida, protectora, segura. Su voz grave de hombre, tan diferente a la voz cristalinamente oscura (¿es esto una contradicción?) de Francesca, su voz que he escuchado casi a hurtadillas porque ella, tímida o indiferente, prácticamente no me ha dirigido la palabra.

Pero ahí está la voz de Walter trayéndome, naufraga de sentimientos nuevos, a puerto seguro.

- ¿Hay alguna novedad?

- Ninguna -miento por primera vez.- Vuelve pronto, lo más pronto que puedas, por favor.

- Esa sí que es una buena despedida. - dice Walter riendo y corta.

Soy una mujer que ama a un hombre que se llama Walter. Soy una mujer que ama a un hombre, un hombre, un hombre.

DIARIO DE FRANCESCA

Al abrirse la puerta siento que mi corazón se escapa y vuela hacia Gal que, indiferente, sin mirarme, pasa de largo sin saludar. Mi corazón, herido como si lo hubiera agarrado una jauría de tigres hambrientos, regresa a mí en estado de coma.

¿Qué sucedió? ¿Por qué de repente se ha hecho noche? ¿En qué momento comenzó el terremoto que no me di cuenta? ¿En qué momento la ciudad fue destruida, muertos todos sus habitantes, quemados todos los bosques, secados todos los ríos? ¿En qué momento me convertí en la única sobreviviente de una guerra nuclear?

Un sol rojo prendido en llamas viene hacia mí y, en medio de mi casi muerte, veo a Gal mirándome con una sonrisa tan bella que la palabra belleza fue inventada nuevamente, sólo para poder nombrarla. Una sonrisa que es la primera sonrisa de la humanidad. Una sonrisa tan luminosa y espléndida como la luna enamorada menstruando gotas de luz.

La chaqueta roja de Gal, al irse, me hace un último guiño de fuego con los bolsillos.

El mundo, más hermoso que nunca, vuelve a recuperar sus formas, sus olores, sus sonidos. Miro mis manos, aquí están. Toco mi rostro, me reconozco. Poco a poco vuelvo a ser yo misma.

- Disimula, disimula, el mundo te está mirando- me dice la pantalla de la computadora. Pero no puedo: mi deseo se desborda sin vergüenza.

- ¿Pero acaso no te das cuenta de que el tuyo es la clase de deseo que no se puede mostrar? ¿La clase de deseo que hay que ocultar siempre, siempre, siempre? ¿Por qué eres tan insensata?

Pero yo no puedo evitarlo. No puedo cercenar mi deseo como si se podaran las ramas podridas de un árbol. No. Yo no me avergüenzo de desearla.

Maravillosa computadora que te pones celosa y te niegas a seguir trabajando conmigo. Maravillosa porque haces el milagro de que ella aparezca y se siente a mi lado y así al pasar, como quien no quiere la cosa, casi que por casualidad, pega su brazo al mío. Dos pieles desnudas se erizan.

- A ver qué pasa - dice cariñosa.

Yo tengo mi mano sobre el ratón y su mano cálida, suave pero firme, se posa sobre la mía. Una mano como una garra de seda cubre por completo la mía, la guarda, la arropa, la mima, la conduce. Yo siento frío, un vacío en el estómago, me estoy hundiendo, el mundo ha desaparecido y sólo existe esa mano cálida sobre mi mano inerte. Gal, indiferente a lo que provoca en mí, indiferente también a los testigos, mueve el ratón: su mano y la mía yendo de aquí para allá, en una coreografía cuyo paso sólo ella conoce.

Gal habla con voz serena como si nada estuviera sucediendo. La miro. No me mira. Su rostro está muy serio, muy concentrado, hay algo de desafío, algo de provocación en él. Yo no puedo oírla. Todos mis sentidos están concentrados en esas dos pieles unidas. Yo estoy en el centro de un maremoto. No puedo hacer pie por ningún lado. Grito desesperada en silencio pidiendo socorro y Gal no me escucha.

Cuando estoy a punto de perder el sentido me suelta y sigue dando órdenes sin apiadarse de mí. Mi mano, huérfana, siente la ausencia de su piel y se equivoca. Gal pide precisión. Se molesta. Yo estoy perdida y ella no parece querer ayudarme a salir del laberinto. Finalmente se va, me abandona. Yo quedo aturdida. En estado de conmoción. Rota toda voluntad. Toda deseo. No sé dónde estoy. Qué hago. Yo sólo sé que estoy viva cuando Gal me toca. He quedado detenida en el tiempo en el momento que pasó y me rozó. En el momento que me

miró y me encadenó. Yo sólo sé que existo cuando me veo en sus ojos, me siento en su piel.

Al encontrarnos minutos más tarde, oh misteriosa Gal, me trata con sequedad e indiferencia. Yo también estoy muy nerviosa, tampoco sé cómo tratarla. Qué decirle. En la cercanía su timidez y la mía se juntan, alejándonos.

Ella parece, por otra parte, arrepentida de su audacia anterior. No puede mirarme a los ojos y no me mira. Busco excusas para hablarle y mirarla, pero sus ojos huyen, sus palabras se escapan. Al irme no me dedica ni una sonrisa ni una mirada. A pesar de su indiferencia final, no regreso a casa caminando sino flotando. ¡Gal me agarró la mano!

Pasé el resto del día pensando en ella. Ahora, cuando escribo estas líneas, varias horas más tarde, tengo miedo.

En apenas una semana Gal trastornó mi vida por completo. ¿Qué pasará mañana?

DIARIO DE GAL

La detective está fracasando, ha perdido objetividad. Mi intuición es una brújula rota. ¿Y todo por qué?

Porque no sé qué me pasa: no puedo evitar mirarla. Sus ojos, tizones encendidos, me encandilan; su dulzura me subyuga; su lejanía me atrapa. Sus largas pestañas caen melancólicamente sobre sus ojos guardando su mirada de sabia, de niña, de gata mansa. Su mirada.

Porque no sé qué me sucede: no puedo evitar tocarla. Su cuerpo me atrae. Cada vez que rozo su piel me maravillo de su suavidad y quisiera quedarme allí largamente, acariciándola. Nunca he tocado un cuerpo tan suave como el de ella. La piel de los hombres es distinta. La de Francesca es suave como la de un gatico de angora. Su cuerpo es fibroso; sus delgados brazos con pequeños músculos; sus piernas largas, duras; toda ella es armoniosa y su musculatura, producto de su profesión, no hace sino resaltar aún más su feminidad, su suavidad, y vuelvo como una enloquecida una y otra vez a la misma palabra porque su suavidad me descontrola, me pierde, me marea.

Y sin embargo no quiero sentir lo que siento y cuando pienso en sus ojos
tiernos mirándome con intensidad de leño ardiendo, seco presurosa la húmeda
gota que brota de mi sexo y corro al teléfono a llamar a Walter.

DIARIO DE FRANCESCA

Desde que llegó no ha reparado en mí. ¿Qué le pasa? Decido rebelarme: no la miraré.

Varias veces siento su mirada encima de mí y es como si un imán de dimensiones gigantescas me atrajera salvajemente; como si una fuerza que viniera del espacio, más fuerte que cualquier otra conocida hasta este momento, una fuerza para la que ningún mortal está preparado, me empujara hacia su centro sideral.

Pero resisto. Heroicamente. Oh, qué orgullosa me siento de mí. Varias veces estoy a punto de sucumbir, lo confieso, pero ya cuando mi cabeza comienza a girar para buscarla, atrapada finalmente por la magia de sus ojos-imanés, recupero a duras penas mi voluntad, pero la recupero, y agotada por el esfuerzo pero no vencida, regreso a la computadora. Y entonces allí, en el centro de la pantalla, veo a sus maravillosos ojos aparecer una y otra vez, titilando como si fueran una llamada de auxilio.

Finalmente, después de unas cuantas horas de asedio, sucumbo. Gal entra y se para en el medio de la oficina a contar una anécdota. Ella es una gran oradora y sabe cómo captar a la audiencia. Aunque me obligo a no oírla su voz va penetrando en mí, encantándome como si yo fuera una serpiente y ella la flauta

que la domina. Yo no quiero, trato de concentrarme en mi trabajo, no pensar, cerrar mis oídos, pero su voz cálida, grave, profunda, va taladrando mi cerebro, mi voluntad. Intempestivamente volteo la cabeza y la miro, finalmente rendida. Gal también me mira. Y sonrío. Pero, oh misteriosa Gal, su sonrisa no es de triunfo sino de dolor.

Minutos más tarde algo me obliga a girar violentamente la cabeza hacia la oficina del fondo y allí, parada, tomando un vaso de agua, húmedos los labios, encendidos los ojos, Gal está mirándome. Qué alegría inmensa siento al verla. La belleza y la ternura de Gal me conmueven. Yo quisiera gritarle al mundo su belleza, fundirme en ella. Su belleza me domina. Gal, como hipnotizada, sólo sabe mirarme. Yo, subyugada, sólo se rendirme. Alguien habla y volvemos a la realidad.

Como si fuera otra, regreso al trabajo. Gal, también como si fuera otra, cada vez que me mira lo hace con ojos de piedra. Le pido que me explique un trabajo. Se acerca manteniendo cierta distancia. Busco con desesperación sus ojos que me miran indiferentes, lejanos, casi asesinos. Gal no me sonrío ni una sola vez. Su rostro no es amable.

Al irme, no me mira. Sería, sin abandonar su trabajo, dice "hasta mañana" como quien dice "hasta el infierno".

Y es allí donde estoy.

DIARIO DE GAL

¿Por qué me pasa esto? No quiero que me pase esto. Tengo dos hijos, dos ex maridos, varios hombres a los que amé y me amaron. Siempre me gustaron los hombres, les gusté y les gusto.

DIARIO DE FRANCESCA

La puerta se abre. Gal asoma su presencia, se detiene unos instantes, me mira. Ni una sonrisa. Ni una palabra. Sólo angustia. Gal y yo somos un mismo espejo sin respuesta. Gal pasa como una gacela.

La busco con la mirada cada vez que la veo. No me mira nunca. Gal me ignora toda la mañana.

Trabajo rapidísimo, desesperada por irme, para no encontrarme con su indiferencia nunca más. Al buscar las llaves, no están en su sitio habitual.

- Gal - digo con voz entrecortada - ¿puedes prestarme las llaves?

- No - contesta, seca pero burlona. - No - repite, mirándome con picardía - ¿por qué te vas?

- Porque terminé -respondo con un hilo de voz.

- ¿No quieres trabajar unas horas extras? Acaba de entrar un trabajo urgente - dice con simpatía.

- ¿Quieres que me quede? - pregunto en tono ambiguo.

- Por el trabajo - responde en el mismo tono.

- Bajo a comprar un dulce y vengo - contesto emocionada.

- Regresa pronto- responde con voz profunda.

No bajo en ascensor sino en una nube y en otra subo. ¡Gal no quiere que me vaya!

- ¡Toma, antipática! - le digo, sonriendo al tiempo que le doy un chocolate. Gal, sin dejar de hablar por teléfono, agradece con una sonrisa.

Pero ella tarda en aparecer y cuando lo hace está seca. Indiferente. Definitivamente, no la entiendo. Sus bruscos cambios de temperamento son una tortura.

Estoy arrepintiéndome una vez más por haberme quedado cuando, de repente, siento una mano posándose suavemente sobre mi hombro, un leve y sutil toque.

- ¿Terminaste? - pregunta con timidez.

- Terminé - contesto seca.

- ¡Pero qué rápida y eficiente eres! - No respondo, rígida en mi desconcierto. - Casi que te mereces un premio. - Entonces se inclina sobre mí para mirar en la pantalla y su cabello cae sobre mi hombro desnudo, su mejilla muy cerca de la mía. Qué suavidad la suya, qué calidez tan grande, que perfume el de su piel que marea como el placer. Siento un nudo en el estómago. - ¿Tienes chance de hacer otro arte o tienes ensayo ahorita?

- Tengo ensayo.- respondo, convertida súbitamente en la mujer más tímida de la tierra.

- Lástima.- contesta, abandonando mi hombro que, acostumbrado al abrigo de su cabello, comienza a temblar. - Tú te lo pierdes.

Mientras acomodo nerviosamente mis cosas para irme noto que Gal, que está en el baño, ha dejado la puerta apenas entreabierta, lo suficiente como para que un ojo indiscreto pueda observarla mientras se arregla. La boca sensual abierta, el lápiz rojo delineando su entorno, el gesto preciso, la concentración en el rostro; la lengua húmeda, apenas asomada, dando el toque final. Gal se pinta con suavidad y erotismo. ¿Sabe que la estoy mirando y a propósito erotiza los gestos más sencillos?

No resisto. Grito un "¡hasta mañana!" y me dispongo a salir casi corriendo. Gal, inclinada aún sobre el espejo, se voltea apenas para mirarme. Con un chal negro cayéndole sobre una camisa estampada, la falda amplia insinuando sus piernas y marcando sus caderas, el cabello libre y salvaje, la boca roja, la mirada fiera, Gal es la más bella gitana que se haya visto sobre la tierra.

DIARIO DE GAL

Estoy en el apartamento de la playa. He tenido que refugiarme aquí para tratar de entender lo que me está pasando.

Desde la soledad de los mágicos amaneceres, viendo el mar desde el balcón, analizo mi vida etapa por etapa, como una sicoanalista que abre sin piedad el alma buscando el trauma maligno que la está enfermando. Y arribo a la melancólica belleza de los atardeceres, caminando una y otra vez la desolada playa, sin respuesta.

Expongo sin anestesia mis sentimientos al imponente sol. Y más tarde a la espléndida y conciliadora luna. Estoy sola con mis pensamientos, no hay a quien engañar: nunca antes me había pasado algo igual.

Voy al boulevard a orillas de la playa. La noche es cálida, el murmullo del mar se confunde con el ronroneo de la gente. Un mar de gente a orillas de un mar de agua. La luna redonda como un deseo iluminando claridades de neón pero mi alma sigue a oscuras. Me siento en una mesa sobre la acera, pido un whisky y observo a la gente pasar. Miro a los hombres con detenimiento y encuentro algunos que me resultan atractivos, que me inspiran fantasías. Miro a las mujeres y es como antes, como siempre, como toda la vida: no me inspiran nada, son como piedras. ¿Y entonces Francesca?

Francesca no es una mujer. Francesca es un ángel.

DIARIO DE FRANCESCA

Todo recomienza a las nueve cuando aparece y pasa a su oficina sin saludarme. Al rato siento su voz en el pasillo y no puedo evitar mirarla: habla con Roberta. Seria, serísima, Gal me mira mirarla. Su seriedad me hiere.

Se para a mi lado a pasar un fax. La miro de reojo. Sus bellas y largas piernas casi rozan mi cuerpo. Basta un simple gesto, estirar apenas un poco la mano para tocarlas. Yo tiemblo pero resisto.

- ¿Hoy tampoco puedes quedarte? - me dice suavemente cuando me ve agarrar las llaves.

- ¿Por qué? - contesto como si no me importara.

- Sería tan bueno que pudieras sacar este diseño - y su voz suena dulce -. Sólo tú puedes hacerlo.

- ¿Y qué me das a cambio si me quedo? - respondo, súbitamente audaz. Gal ríe seductoramente.

- Tus honorarios.

- ¿Es eso todo?

- ¿Te parece poco?

- Poquísimo.

- ¿Y qué más puedo darte? -. La miro con intención. Gal, con intención, sostiene mi mirada. Las llaves en mi mano pesan.

- ¡No, no, no! ¡Tú no puedes abandonarnos en esta encrucijada! -dice la insoportable presidente sacándonos del trance. - ¡Yo sé que este no es el acuerdo al que habíamos llegado, pero por favor, es una emergencia! - Y sonrío mostrando sus dientes amarillos de nicotina.

- Francesca, cuando termines el diseño grábamelo en este diskette, por favor. - me dice Gal y me lo da, rozando la punta de mis dedos con la punta de los suyos. ¡Resiste! me grita una voz venida desde la profundidad de mis ovarios. ¡Resiste!

- ¿Ya terminaste? - pregunta poco tiempo después. Asiento, muda. -. Grábamelo. - Agarra una silla y, como si no hubiera suficiente espacio, la pega a la mía. Su pierna con minifalda pegada a mi pierna con falda larga; su brazo desnudo pegado a mi brazo desnudo; dos pieles reconociéndose, diálogo de suavidades. Yo no me muevo para no perderme el placer de su contacto; ella se mueve para acariciarme con el pretexto del movimiento.

- Cierra el archivo - ordena tensa, mirando la pantalla. Cierro. Otro archivo aparece.

- ¿Pero qué es esto? Cierra de nuevo - vuelve a ordenar. Obedezco- ¡Chama! ¡Tú estás toda abierta! - Siento un escalofrío.

- ¿Cómo? - atino a decir en un susurro.

- ¡Y pones un montón de claves y trampas! Por eso cuando quiero entrar no puedo. - La miro sorprendida, no muy segura de lo que está hablando exactamente. Gal, tensa, no aparta sus ojos de la pantalla.- ¡Tú haces todo más difícil! -agrega, presionando suavemente su pierna contra la mía.
- ¿Acaso no es ese tu estilo? - Me mira sorprendida.
- Y después de todo, quizá no aprendiste tan bien - agrega sarcástica, volviendo sus ojos a la pantalla.
- Tú misma dijiste que el arte del diseño es un misterio.
- Y así es - ríe burlona - Pero tampoco se trata de exagerar.
- Yo sólo soy el espejo de tus acciones.
- Oh, oh, y ahorita nos ponemos a filosofar - atraviesa mi espalda lentamente con su mano y se va. Un invierno muy crudo cae de repente sobre mí.

Aunque Gal ha hecho que el mundo se desvaneciera, el mundo sigue ahí, yo sigo estando en él. Todas las noches tengo ensayo y no falta mucho para el estreno. Ensayar me relaja. Me aparta de su obsesión, dreño su imagen en cada paso, en cada movimiento sudo mi deseo. Llego al teatro cuando todavía no hay

nadie: la sala a oscuras, el escenario apenas iluminado, hago ejercicios de calentamiento, creo nuevos pasos. La vida se vuelve entonces sencilla y maravillosa. Bailar me salva.

DIARIO DE GAL

Si es preciso amurallar mi corazón, lo amurallo. Si es preciso crear canales para encauzar el desvío del río de mis deseos, los creo.

La imagen de las mujeres lesbianas es horrorosa. Vampiras como en "El Ansia", asesinas como en "Bajos Instintos", perversas como en "Propiedad Privada", abusadoras como en "Las amargas lágrimas de Petra von Kant", reprimidas sexuales como en "Hotel de Locuras", un tanto desequilibradas como en "Henry y June". Gordas hombrunas agresivas desagradables feas como las mujeres que he visto en Sabana Grande.

La imagen de la mujer lesbiana da asco. ¡Por Dios! No quiero que nunca nadie me identifique con esas mujeres.

Y sin poder creer que esto me esté sucediendo a mí, vago por los días preguntándome por qué, por qué, por qué.

DIARIO DE FRANCESCA

Gal, se siente en el aire, está tensa, de malhumor. Pasa por mi oficina y no saluda. Busca un diskette que se le perdió. Se mueve nerviosa. Un comienzo de mañana agitado. Pero al rato depona su actitud y comienza a mirarme cada vez que pasa, provocando terribles temblores en mí, cosa que me molesta profundamente. No tener el control de la situación, estar a merced de sus miradas y sus extraños cambios de humor, no saber cómo acercarme a ella, todo esto no me agrada en lo más mínimo.

- Gal, ¿puedo usar tu teléfono? - pregunto al irme.

- No - responde juguetona.

- ¿Cómo que no? ¿Por qué eres tan peleona? - contesto en el mismo tono, agarrando el auricular y comenzando a marcar.

- ¡Es que tú haces cada pregunta, chica! - Reímos. Gal lee el periódico. El teléfono repica y nadie atiende. Corto. Vuelvo a marcar.

- ¿Quieres ver algo? - pregunta. Y sin esperar respuesta busca su billetera, la abre y me señala dos fotos carnet.- Son mis hijos. Tuve el primero a los veinte años -aclara ante mi cara de sorpresa.- Uno tiene veinte años y el otro dieciocho. Veinte más veinte dan... - Y se ríe.-

- Imposible - contesto.

- ¿Sabes? Dicen que la vida se marca en el rostro y yo digo que si eso es cierto, entonces yo soy la excepción a la regla, porque con todo lo que he vivido... Pero ya ves, nadie cree en mi edad cuando la digo, siempre me encuentro con la misma cara de sorpresa tuya. Y - agrega- no importa que yo no represente 40 años. Importa que los tengo. Pesando unos sobre otros. Muy profundamente vividos. Y una es lo que es, no lo que aparenta ser. -Y vuelve a reír deliciosamente, mostrando unas incipientes y adorables arrugitas en los ojos.

Gal es más profunda y auténtica de lo que imaginaba, me conmueve. La situación de pronto se torna ambigua. Hay una tensa emoción. Yo quiero quedarme y al mismo tiempo irme. Me duele estar tan cerca de ella y a la vez tan lejos.

- ¿Te gusta la danza moderna?

- Mucho. Pero hace tiempo que no veo ningún espectáculo, tú sabes, mis amigos prefieren el cine.

- Cuando quieras vamos juntas- digo mirando a la pared.

-¡Claro! ¡Seguro! - responde, escondiéndose detrás del periódico.

Quiero preguntarle: hoy, mañana, el domingo, ¿cuándo? ¿di cuándo? Pero no digo nada. La llaman de otra oficina y desaparece.

Ella se va, no se queda conmigo. Yo la persigo en mis pensamientos y ella huye en los suyos. Desencuentro de dos cuerpos que no de dos corazones. El hueco que deja en mi alma lo lleno con su recuerdo.

DIARIO DE GAL

Aeropuerto Internacional de Maiquetía. Por fin aparece. Es de los últimos en salir, extraño en él, que siempre quiere ser el primero en todo. Nos miramos. Está tan bello. Nos damos un abrazo largo e intenso, tan intenso que es casi como un acto de amor. Por los altoparlantes anuncian la salida del vuelo hacia Los Ángeles, yo estoy en el cielo.

Llegamos a casa y él destapa una botella de vino tinto. Sobre la pequeña mesa de madera trocitos de queso de diferentes variedades, aceitunas, pan francés. Sobre la alfombra el New York Review.

Una mano suya rozando descuidadamente mi pierna, una mano mía cayendo distraída sobre su pelo ensortijado. Sentados en la alfombra tomamos vino lentamente, tan lentamente como nos vamos tomando.

Si pudiera decirte algo te diría: quédate así, infinitamente en mí. Pero tu boca en la mía no me deja hablar.

Una profunda humedad latiendo cada vez más fuerte. Y estas ganas, esta felicidad, esta locura mía de perderme.

No te vayas aún, no. Quédate así, dentro de mí, por favor, espera un poco, tan sólo un poco más, por favor...

Si grito no es que esté pidiendo auxilio. Es que te deseo.

No puedo más, no puedo más, jadea Walter. Espera un poco, sólo un poco, por favor. Entonces el rostro y el cuerpo, el maravilloso y majestuoso cuerpo de Francesca, aparecen ante mis ojos cerrados y los dos estallamos en un orgasmo que nos estremece violentamente. Un cuerpo desnudo y vencido cae sobre mí. Yo lloro de placer mirando el techo desde donde Francesca, pícara, me mira reavivando el deseo.

Estoy perdida.

DIARIO DE FRANCESCA

Anoche tuve un sueño extraño. Soñé que Gal era una gitana. Fue un sueño de muchas imágenes, mucho color, muchos simbolismos (que no entiendo), un sueño casi cinematográfico. Lo escribí. No sé para qué, pero lo escribí.

la mujer con cara de gitana llegó a su cuarto de hotel en donde su hombre la esperaba. afuera las gaviotas anunciaban el día mientras la mujer con cara de gitana negaba en silencio a su hombre lo que su hombre sin palabras le pedía. su hombre que como tantas otras veces esperaba por ella pero ella no quería. la mujer de cara muy bella en donde el tiempo ya se veía. los dos de pie en cada borde de la cama. la cama los separaba pero la cama esperaba. el mar depositando su pasión sobre la arena, el mar yendo y viniendo cada vez con pasiones nuevas. sobre una mesa pequeña hay dos zarcillos desiguales de dos amantes distintas que ya pasaron y se olvidaron. el hombre siguió esperando. la mujer lo miró profundo y lentamente se colocó un zarcillo. la mujer lo siguió mirando mientras se colocaba el otro, la mujer se quedó esperando. su hombre ya comprendía. la mujer con cara de gitana en donde el tiempo ya se veía salió del cuarto despacio y su hombre la seguía. la mujer se sentó en la arena, sus pies

descalzos danzando. su hombre se sentó muy cerca. el viento los enlazaba
haciendo como que no sabía.

DIARIO DE GAL

Qué difícil y rara se ha vuelto la vida desde que Francesca apareció. Extraño la simplicidad de mis días anteriores a ella, la ignorancia en la que vivía. Ahora todo es confuso y nuevo. Me muevo a ciegas tropezando a cada instante con sentimientos que no sé cómo definir ni cómo canalizar. Y sin embargo qué alegría cada día al verla.

- Estás cambiada, ¿qué te pasa? - pregunta Walter.

- ¿A mí? Nada. ¿Qué me va a pasar?

- No sé, estás como ausente.

Estoy ausente, sólo pienso en lo que sucedió hoy con Francesca. ¡Sus caderas estrechas de bailarina en mis manos! ¡Mis largos dedos rozando sus nalgas! ¡Las palmas de mis manos llegando casi al comienzo de su pubis! ¡Creí que iba a desmayarme! Francesca toca sabiamente en mí teclas que nadie había tocado, teclas que no sospechaba que poseía. Francesca es una maga.

DIARIO DE FRANCESCA

Lo que más me gusta de Gal es su sonrisa. ¡Qué sonrisa la suya! ¡Cómo se embellece y suaviza su rostro cuando sonrío! ¡La sonrisa de Gal me subyuga!

Ella no le tiene miedo al color y eso también me encanta. Me fascina cómo combina colores fuertes y vivos. No tiene miedo a ser mirada, pero no se vulgariza para que la miren. Gal es simplemente Gal.

Miro sus manos en un descuido. Sus uñas un poquito más largas que la semana pasada, esmaltadas con delicadeza. Un reloj negro muy fino en la muñeca. Sus dedos largos, suaves, sensuales. Manos femeninas. Muy femeninas. Las manos de Gal siempre me perturban.

- Llueve. No puedes irte - me dice cuando me voy.

- No te creo.

- Compruébalo por ti misma y mójate - responde picara. Bajo.

Efectivamente, llueve. Un aguacero impresionante. Aunque tengo paraguas la lluvia cae con tal violencia que es imposible salir. Pienso en quedarme en un café a esperar que escampe. Pero decido regresar, enfrentarme al desafío de sus ojos.

- ¡Francesca! ¡Volviste! - exclama feliz al verme, acercándose en actitud de abrazarme y yo, profundamente emocionada por ese recibimiento que no

esperaba, voy hacia ella en actitud de recibir su abrazo. Pero cuando estamos frente a frente, nuestros cuerpos casi rozándose, la timidez retorna a nosotras: nos miramos sonriendo, nerviosas. El teléfono suena y no lo atendemos. Repica insoportablemente pero Gal y yo estamos perdidas en nuestro ojos, el mundo ha desaparecido y sólo hay un sentimiento muy intenso que se extiende entre nosotras, como un mar de lava, caliente, extremadamente caliente.

- ¡Pero qué pasa que nadie atiende! - dice la horripilante presidente apareciendo de repente y levantando el auricular. Gal y yo no sabemos de qué está hablando. - Es para ti - y se lo pasa. Gal lo agarra sin mirarla y sin quitarme los ojos de encima comienza a hablar como una autómeta.

Yo salgo al aguacero y me interno corriendo en las calles vacías sin abrir el paraguas: necesito agua, mucha agua que me calme. Las gotas de lluvia golpean con fuerza mi rostro endureciendo mi voluntad; el viento me habla de historias de pájaros haciéndome olvidar mi propia historia; las baldosas rotas reciben con placer el peso de mis pasos, jugando a mojarme los pies. La respiración agitada, la ropa mojada pegada a mi cuerpo, cuadra a cuadra, paso a paso, gota a gota, busco desesperadamente liberarme de mi deseo.

DIARIO DE GAL

Francesca pasa por mi lado y sin querer me roza la cara con su cabello. Se voltea, sonríe y dice: disculpa. Alarga tímidamente su mano hasta mi mejilla, me acaricia furtivamente y se va. Yo quisiera que se quedara all  eternamente, y aunque anhelo caminar sobre sus pasos, me retiro furiosa en sentido contrario. Mi deseo me asusta.

Cuando Francesca se queda mirándome sin decir nada yo no s  dónde poner los ojos.

Como si dos  ngeles estuvieran siempre tratando de llevársela para jugar con ella, Francesca no camina, se desliza. Liviana y erguida pero nunca rígida, hace suyo de manera absolutamente natural el espacio por donde pasa sin ningún sentido imperialista. Francesca posee al espacio majestuosamente.

Mi deseo me encadena a ti. Me hace tu prisionera. Me debilita.

Mi deseo de ti me pierde.

DIARIO DE FRANCESCA

- ¿A quién le falta imprimir? - pregunta Gal.

- A mí - contesto. Se acerca y coloca delicadamente su mano sobre mi hombro. Yo sigo mirando la computadora. Entonces con su mano libre me agarra suavemente la cara y me obliga a mirarla.

- ¿Mucho? - dice en un susurro muy cerca de mi boca. Yo no puedo responder, ella no puede quedarse: huye sin esperar respuesta.

¿Por qué? ¿Por qué me doblé de esa manera? Una sonrisa, una caricia, y pierdo toda voluntad.

Hoy está bellísima. Una franela roja insinuando apenas sus maravillosos senos; sus brazos delgados y fuertes asomándose atrevidos; el jean delineando suavemente sus generosas nalgas. El cabello revuelto y salvaje cayendo sobre sus hombros provocadores. La mirada fiera. La boca húmeda. Gal está impactante. ¿Cómo no sucumbir ante tanta belleza?

Estoy pensando en todo esto, ida completamente del trabajo, abandonada a su recuerdo, cuando me sorprende parándose detrás de mí, sus pezones erectos rozando levemente mi espalda, su aliento en mi cabello:

- ¿Estás ya imprimiendo? - Niego con la cabeza y su boca se acerca a mi oreja. -

Ah, yo creía, como te ves tan pensativa. -Y se aleja. Yo quedo en estado de conmoción.

DIARIO DE GAL

Un torbellino de sentimientos.

Un huracán de deseos.

Un maremoto de sensaciones.

Un terremoto de pasión.

Francesca ha provocado una conmoción en mi vida.

Nada ha quedado en pie.

El mundo está dado vuelta.

Sufro y gozo al mismo tiempo.

Espero que ella actúe, que tome las riendas de la situación. Que me saque de la oscuridad y me transmita un nuevo saber.

Pero Francesca no actúa, oscila entre mirarme con desesperación y adoración pero no actúa.

¿Por qué? Si se nota que ella tiene la experiencia que yo no tengo en esta clase de amores.

¿Por qué me atormenta de esta manera?

DIARIO DE FRANCESCA

Cuando me fui no estaba. Esto me animó a ser osada. Rápidamente escribí una nota, la metí en un sobre y lo dejé en su escritorio. He aquí lo que decía: "El próximo viernes estreno con mi grupo en el Ateneo. Me gustaría mucho que fueras. Llámame a mi casa después de las 5 p.m. para saber si debo o no reservar invitación para ti."

Cuando comencé a escribir mi letra era grande, segura, personal. A medida que avanzaba mis nervios iban en aumento y mi letra se iba deformando, haciéndose pequeña, insegura y desprolija. ¡Gal me iba a descubrir si no me apuraba! Me alejé del lugar corriendo, como quien huye del pecado que más placer le produce.

Son las seis de la tarde. Acabo de llegar. Ningún mensaje en la contestadora. Y el teléfono que no suena.

Estoy nerviosa. Ansiosa. Desesperada. Emocionada. Pero, diga sí o diga no, la situación terminará por definirse. Por obvios motivos.

Hoy pasó algo nuevo. Fui a la oficina del fondo y parada a la entrada, recostada sobre el marco de la puerta, ocupando casi todo el espacio, ahí estaba ella.

- Permiso - dije. Pero Gal no se movió. Desafiante, sostenía triunfante mi mirada endeble. - Permiso - volví a decir y ella, como si no me hubiera oído, no se movió. Entonces puse mi mano en su cintura y pasé. Lenta, muy lentamente, saboreando ese contacto furtivo, deslizándome con placer por su cintura estrecha, su vientre duro. Su respiración levemente entrecortada perturbaba mi sentidos. Su silencio y el mío, tan idénticos y tan cobardes.

Recostada contra la pared del baño, los ojos cerrados, yo temblaba recordando. El agua salía violentamente del grifo ahogando mis deseos.

Mientras escribo este diario el tiempo pasa. Son las siete de la noche. El teléfono no ha sonado.

¿Llamará?

Hoy descubrí a Santiago mirándola cuando ella, en la oficina de enfrente, se inclinó sobre el escritorio dándonos la espalda. Esto es algo que sucede a menudo, porque esa es la oficina de la presidente y Gal se la pasa entrando y

saliendo de allí. Sentí celos. Sentado a mi derecha, yo lo espiaba espiar. ¿Gal sabía que ofrecía su cuerpo inclinado, sus bellas piernas, sus seductoras nalgas, a la mirada de Santiago y la mía? Lo sabía. En anteriores oportunidades nuestras miradas se cruzaron al salir ella de la oficina. ¿Se inclinaba a propósito para seducirnos? Sabía que Santiago había soñado con ella, él lo había dicho la semana pasada y no había querido contar el sueño. Sabía que yo la miraba. ¿Lo hacía a propósito? ¿Buscando seducir a quién?

Vuelco desesperada palabras sobre el papel, esperando que las palabras escritas, más concretas y tangibles que las palabras de mi pensamiento, den una respuesta a esta locura que me está pasando.

Son las ocho. Gal no ha llamado. Los minutos pasan. Las horas se acumulan. Los días llegan. La vida transcurre. La historia se va escribiendo sola. Iré a bañarme. Que la vida se apiade de mí.

He regresado. Son las nueve de la noche. Una hora limpiando mi cuerpo más no así mis angustias. La contestadora muda. El teléfono sin habla. La vida decidió. Curiosamente no estoy deprimida ni de malhumor. No sé qué pasará

mañana. Pero por lo pronto, esta historia ha concluido. Jugué y perdí. Pero no hay peor fracaso que lo que no se hace por temor al fracaso.

DIARIO DE GAL

- ¿Qué te sucede? Últimamente estás tan extraña - me dice Walter con su natural amabilidad. Me abraza y me acaricia la cabeza con ternura mientras lloro.- ¿Que es, mi amor? ¿Problemas en la oficina? - Yo me desgarré en su hombro, no quiero que sufra. ¿Y Francesca? ¿Acaso no la amo también? ¿Qué es realmente lo que siento por cada uno?

- ¡Walter! - digo entre sollozos.- ¡No me dejes nunca! ¡Nunca!

- ¡Tontita! ¿Y esa inseguridad? - Su mano segura, conocida, masculina, me va calmando.

- No es por ti, es por mí.

- ¿Por ti? ¿Qué pasa contigo? - y su voz suena un poco angustiada. Me aparta suavemente sin dejar de abrazarme y me mira.

- No lo sé... es mi vida... Ya no sé lo que quiero, no le encuentro sentido a nada.-

- Ve a un psiquiatra, creo que te hará bien tomar antidepresivos por un tiempo - contesta, Walter profesional, sereno, dejando asomar su alma de científico.- Seguramente estás con un desbalance físico. ¿Un poco de tenis al salir del trabajo, tal vez? ¿Un fin de semana en Aruba? Podemos planificarlo. Quizá no estés drenando suficientemente bien el stress. Tú sabes...

Walter sigue hablando y yo no lo escucho. Por encima de su hombro veo a Francesca, ojos tristes, palidez en el rostro, mirándome desesperada. Quiero correr hacia ella y unos brazos masculinos, atléticos, fuertes, los brazos de Walter, me lo impiden.

DIARIO DE FRANCESCA

Estrenamos. Gal no fue. Tristeza. Tristeza. Tristeza.

Desde la distancia de mi dolor ella parece un sueño. La extraño. Mucho.
¿Me extraña ella? Me siento suspendida en el tiempo. Irreal.

Son las once de la noche. ¿Duerme? ¿Sola? Yo me acuno en su recuerdo
y me duermo.

DIARIO DE GAL

Francesca estrena hoy. Pero ¿cómo arriesgarme a ir y tener frente a mis ojos durante una hora a su cuerpo enfundado en ceñidas mallas? ¿Cómo resistir a la gota de sudor bajando por entre medio de sus senos? ¿Cómo atreverme a tenerla una hora sólo para mis sentidos, sólo para mis ojos?

Vi imágenes en el noticiero de la televisión. Si hubiera ido, ¿qué hubiera pasado al terminar la función?

Lo reconozco, ante mí, sólo ante mis oídos y mi conciencia: la deseo. Deseo su cabello, sus ojos, su sonrisa, sus manos, su sexo, su voz, sus piernas, su picardía, su boca, su espalda, su inteligencia, su suavidad, su melancolía, su cuello, su alma. La deseo entera y completa.

Desesperada, me aferro al sexo de Walter como el náufrago al trozo de madera que lo mantiene a flote.

DIARIO DE FRANCESCA

La oficina entera comentó la extraña coincidencia de que, ayer, Gal y yo hubiéramos estado enfermas y hubiéramos faltado. ¿La oficina entera sospecha algo?

Ella, lo supe por Santiago, había estado enferma desde el viernes por la tarde. ¡Cuatro días enferma! ¡Y yo sin saberlo! Y ella sin saber que yo no sabía. Su teléfono, por otra parte, estaba sin línea desde el jueves, día en que le había dejado la nota.

Entonces era eso. No tenía teléfono. Pero no. ¿Y los teléfonos públicos? ¿Y los vecinos? ¿Los familiares? Cuando una quiere comunicarse encuentra un teléfono donde sea. Además, ¿qué explicación darle a su extraño silencio del viernes cuando nos vimos por la mañana? Todo seguía siendo incomprensible. Pálida, ojerosa, triste, Gal se ve espléndida. Pasa toda la mañana sin reparar en mí. Las pocas veces que nos miramos hay gran angustia en sus ojos. ¿Gal está asustada? Yo estoy asustada.

Al pasar por su oficina a recoger las llaves no está. Me asomo y la veo en el pasillo. Sin pensarlo voy hacia ella.

- Me voy. - Ella me mira atormentada. Pálida. Palidísima. Me parte el corazón. Quiero abrazarla, protegerla, mimarla. - ¿Necesitas algo?

- ¿Adónde vas? - responde. Qué pregunta tan extraña, pienso.

- A mi casa. Pero si quieres algo de la farmacia...

- No, gracias- y sonrío tristemente.

- ¿En serio? Mira, cualquier cosa que necesites, llámame, por favor. Te dejé el jueves mi teléfono en tu escritorio...

- Sí, no te llamé porque... - Roberta la llama, interrumpiéndola.

- Sí, ya sé, ya sé. - ¿Qué sé? - Pero ahora llámame, llámame si necesitas algo. - Y, no atreviéndome a darle un beso, acaricio nerviosa y repetidamente su brazo.

- ¡Gal! - grita Roberta. Ella me mira desesperada, sonrío con profunda tristeza y se va.

Oh, oh, oh. Tengo una esperanza.

Su teléfono estaba malo.

Estuvo muy enferma.

Gal me está matando.

DIARIO DE GAL

Reprimir mis deseos me ha enfermado. El médico hizo su diagnóstico: principio de neumonía. Pero yo sé la verdad: un deseo muy fuerte muy fuertemente reprimido.

Lloré, mucho, muchísimo, llevo días llorando. Por ella, por mí, por la vida que ahora no entiendo. Por las reglas morales que ya no comprendo; por este deseo que yo siento tan puro y que sin embargo casi todo el mundo condena y censura.

Hoy me acarició el brazo. Allí donde su piel se posó, allí ha quedado mi piel marcada al rojo vivo con su sello. Soy suya ahora en ese pedacito de mí que ella audazmente tomó.

Y aquí yo, esperando por el agua de su boca para que pueda calmarse tanto fuego.

¡Dios! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

DIARIO DE FRANCESCA

La combinación de interés con indiferencia de Gal me desespera. Ya no sé qué hacer. ¿Sabrá ella?

- ¿Cómo te sientes hoy? - le pregunto cuando aparece.

- Bien - contesta sin detener su paso. Seca. Seria. Tiene ojeras.

Se la ve mal. Verla así me dan deseos de cuidarla. Sin embargo, su sequedad me hiera. Con Gal cada mañana se empieza de nuevo. No importa cuán íntimas hayamos quedado el día anterior, cada mañana hay que comenzar de nuevo. Es agotador.

Gal lleva zapatos con tacón. Me encanta sentir el taconeo sensual de sus pasos rondando por la oficina. Pasa por detrás mío y aunque el espacio es ancho, me roza. Un roce sutil y delicado, casual. Gal se aleja dejándome impregnada de ella.

- Adiós, Francesca, mi amor - dice sonriendo cuando me voy, después de una mañana de indiferencia. Su amabilidad, la frase, la ternura con que pronuncia las palabras, todo me conmueve. Qué dulzura la suya. Y qué contradictoria su actitud.

¿Qué espera Gal de mí?

Por suerte hoy tengo función. Por una hora y diez minutos volveré a estar viva, maravillosa y plenamente viva.

DIARIO DE GAL

¡Deseo, apártate de mí!

Walter, por favor, se el murallón que impida que el mar de mis deseos se desparrame, inexperto y apasionado, sobre su geografía sabia y perfecta.

Tengo dos hijos, una pareja, madre, padre, amistades. Debo pensar en ellos.

Deseo, vete de mí por favor.

Francesca, regresa al escenario de donde nunca deberías haber salido.

Cansada y vencida después de tanta lucha sólo sé que la amo.

Francesca, mira lo que has hecho conmigo.

DIARIO DE FRANCESCA

Terror.

Ha estallado una bomba hace una hora. Un empleado murió y el señor que vendía perros calientes perdió una pierna.

No es la primera bomba del año. ¿Será la última? Esta ola de atentados me aterra. Trato de no pensar en eso, pero estoy terriblemente angustiada.

El pasado que vuelve, siempre vuelve. Los policías aúllan por las calles como perros salvajes sin rumbo fijo. Los policías.

Me meto en la cama. Me arropo llorando. No quiero ver las imágenes por televisión: ya tengo demasiadas imágenes de terror con mis recuerdos.

Tocan a la puerta.

Comienzo a temblar.

El teléfono suena.

Los golpes son más fuertes.

El teléfono no deja de repicar.

Me cubro con la frazada para no oír.

La puerta se estremece por la intensidad de los golpes.

¿Vienen otra vez por mí?

DIARIO DE GAL

Han puesto una bomba frente a su casa. Sé que debe estar sintiéndose mal y me muero de ganas de llamarla, consolarla, acariciar su cabeza mientras llora. ¿Llora? No lo sé. Pero yo sí lloro. Porque tengo el auricular en la mano, marco su número telefónico y al llegar al sexto número corto. Entonces lloro, porque no me atrevo a hacer lo que más deseo. Porque soy cobarde, porque la quiero y no quiero quererla. Porque la extraño y no quiero extrañarla. Porque alguien la está consolando, alguien acaricia su cabello, alguien seca sus lágrimas, besa su nuca, alguien la acuna, la protege, la guarda, alguien, y no soy yo.

DIARIO DE FRANCESCA

Triste. Destrozada. Desolada.

Bajo a comprar el diario. El día gris. Se siente tensión en el aire. La gente cobijada en sus apartamentos, guardando su miedo. Siento terror caminando las solitarias calles. ¿Dónde estallará la siguiente bomba? ¿Cuál será el próximo apartamento en ser allanado?

Yo quisiera no recordar, lo juro, pero no puedo. Fueron demasiadas bombas. Muertos. Sangre. Locura asesina. Dolor.

Y ahora demasiado presente derrumbándose minuto a minuto, hora a hora, día a día, entre bomba y bomba, allanamiento y allanamiento.

Qué desolación tan grande ante un mundo que vuelve a ser irracionalmente violento.

Miro al Ávila. Quiero gritarle que me proteja. Avilita mío, cuídame, que no lo soportaré otra vez. Quiero gritar y mis gritos son asesinados en mi garganta por recuerdos perversos.

¿A dónde huir? ¿En qué país buscar refugio?

Pongo música. Algo que me recuerde que la belleza todavía existe en este mundo que, súbitamente, se ha vuelto horrible. Susana Rinaldi. Su talento me

conmueve, me llena de buena energía. Los recuerdos, espantados ante la belleza de su voz, vuelven al lugar de donde no deberían haber salido.

La voz de Susana, una vez más, me ha salvado.

Subyugada, bailo desenfrenadamente ofreciendo mi arte a mi diosa.

DIARIO DE GAL

No puedo dejar de pensar en Francesca. El teléfono arde en mi mano. La ciudad conmovida y yo sin poder superar el terrible miedo que me paraliza.

Miedo de convertirme en aquello que tanto detesto, de romper las reglas, cruzar las barreras, no seguir el camino señalado por la sociedad. Miedo de dejar de ser lo que soy, una mujer más o menos parecida a millones de otras sobre la tierra, para convertirme ¿en qué?

Pero más miedo, infinitamente más, le tengo a sus ojos cuando me miran embelesados y pícaros. Porque logran que desaparezcan todos los otros miedos y sólo piense en besarlos.

Suena el teléfono. ¡Francesca! La voz de Walter me devuelve a la realidad y a la cordura.

DIARIO DE FRANCESCA

Tengo una agenda telefónica con todos los nombres tachados.

Son los de mis amigos muertos por sida.

Son los de mis amigas muertas en absurdos accidentes de tránsito.

Tengo una agenda con todos los nombres tachados.

Son los de mis amigos desaparecidos.

Son los de mis amigas asesinadas.

Tengo una agenda con todos los nombres tachados.

Son los de mis amigas suicidas.

Son los de mis amigas suicidadas.

Tengo una agenda.

DIARIO DE GAL

Hoy Francesca estuvo triste. Más melancólica que nunca. La mirada ida, el gesto ausente, la palabra muda, hoy Francesca no estaba estando.

Quise acercarme, preguntarle cómo se sentía. ¿Había tenido miedo? ¿Alguien que la consolara? Pero su lejanía me apartó.

La miré a hurtadillas toda la mañana, fugitiva de su amor. Aunque no le hablé, aunque no puse mi mano en su hombro, aunque no hice nada de nada, hoy la quise más que nunca.

DIARIO DE FRANCESCA

Hoy no la miré ni una sola vez. Su indiferencia del fin de semana, cuando pusieron la bomba, de ayer y de hoy, me dolió mucho. Esto, haber resistido, no sé si es un logro o una pérdida. Obligarme a renunciar a la belleza de sus ojos, de su sonrisa, de su rostro, en un mundo donde hay tan pocas cosas bellas, creo que es más un fracaso que una victoria.

Llaves en mano, Gal me espera al irme.

- Chau, mi amorcito - dice extendiendo su mano hacia mí. Nos miramos con pasión. Las llaves muertas en la palma de su mano abierta a mi deseo. Alargo la mía y atravieso lentamente la suya, yendo hacia su centro como quien atraviesa el desierto buscando un oasis. Al llegar allí, mis dedos se cierran salvajes sobre las llaves salvadoras. Entonces la mano de Gal, delicadamente, se cierra sobre la mía.

- Que pases un buen fin de semana, Francesca - dice retirando bruscamente su mano al tiempo que me da la espalda.

Vuelvo a quedar en estado de conmoción.

DIARIO DE GAL

Ahí está la mano de Francesca, su piel tan suave, tan delicada, sus dedos largos e inquietos cubriendo las llaves. Yo no quiero, desvío los ojos, intento resistir, pero su piel me llama. Entonces cubro su mano con la mía y Francesca no quita la suya. Francesca se deja. Su pequeña uñita bajo mi yema. Mi pequeña caricia sobre su pequeño deseo. (Y me pregunto porqué el placer siempre nos cuesta tanto).

Francesca no deja de conmoverme y ha ocupado toda mi mente: no hay un solo espacio de mis pensamientos que no esté lleno de ella. Ha ocupado todo mi cuerpo también: no hay un solo pedacito del mismo que no la desee.

DIARIO DE FRANCESCA

Llueve. Parada frente a la ventana, los pensamientos idos, yo miro sin ver. La lluvia siempre me pone un poco melancólica, los días grises y fríos me recuerdan a mi país, que queda tan lejos, que está casi cayéndose del mapa. En medio de la nostalgia de mis recuerdos siento una mano, muy cálida, que me enlaza por la cintura y un hombro muy seguro, muy duro, muy bien torneado, pegándose al mío.

- Adoro la lluvia, ¿y tú? - dice Gal en voz baja.

- Yo te adoro a ti - contesto impulsivamente, sin poder mirarla, asustada de lo que mi boca acaba de decir. El viento aullador lucha por colarse por entre las rendijas.

- ¿Cómo? - responde Gal sin apartar sus ojos de la ventana que llora.

- Nada - contesto, encogiéndome de hombros, regresando súbitamente a la cobardía, siguiendo el recorrido de una gota intrépida que ha logrado huir del aguacero.- Nada.

- Ya te oí - y presiona delicadamente mi cintura anunciando su despedida. - Yo también.- Agrega con voz ronca y su voz se une al sonido de las gotas que chocan contra la ventana, haciéndome dudar de lo que he oído.

- ¿Qué? - pregunto asombrada, girando violentamente para mirarla

- Nada - contesta.

Me acaricia suavemente la mejilla y se va.

DIARIO DE GAL

¡Hoy Francesca me confesó que me adoraba!

Walter me dice que finalmente aceptó la propuesta de trabajo en Washington, lo que significa que estará fuera por tres meses. Tres meses sola para enfrentar la tentación, tres largos meses sin nada que me detenga.

- Tú sabes que había dudado en aceptar por ti, porque no me gustaba la idea de estar tanto tiempo separados. Pero ahora creo que va a ser bueno alejarnos por un tiempo. Últimamente estás tan cambiada...

¿Qué le voy a decir? ¿Que pienso en una mujer cuando estoy con él y que es el recuerdo de ella y no sus caricias lo que me excita? Yo no puedo herirlo de esa manera, lo quiero demasiado para hacerle daño. Mientras estuve enamorada de él, y ahora ya sé que no lo estoy, Walter fue un compañero maravilloso.

Cuando cierra la puerta tras de sí sé que nos estamos perdiendo. Yo vuelvo una y otra vez como enloquecida a los recuerdos de lo que hoy pasó con Francesca. Yo sólo quiero pensar en ella.

Estoy perdida.

DIARIO DE FRANCESCA

Regresando de una semana de gira por el interior. Salir me despejó. En la distancia la figura de Gal se agrandó. No era un sueño. Un capricho. Era real. ¿Qué iba a ser de mí?

Hoy me reintegré. Al vernos quedamos paralizadas y mudas. Toda una oficina viéndonos y nosotras sin poder desamarrarnos la mirada.

Gal está sentada, trabajando en su computadora. Me acerco sigilosamente y pongo mis manos en sus hombros.

- ¡Ah! ¿Eres tú? - dice, volteándose levemente para verme.

- ¿Quién si no?

- Un ángel.

- Soy yo. Y también soy un ángel.

- ¿Tú? ¿Tú un ángel? - Sonríe maliciosamente.- Serás un ángel perverso...

- ¿Yo, perversa? - exclamo haciéndome la indignada.- ¿Por qué?

- Por haberte ido por una semana - responde en voz muy baja.

- Dilo de nuevo - le pido suavemente.

- ¿Qué cosa?

- Repítelo - y presiono delicadamente sobre sus hombros.

- ¿De qué hablas? Déjame - dice riendo.

- Por favor - y me inclino suavemente sobre ella.

- Ya oíste.

- Por favor - susurro en su oído. Gal tiembla.

- Por haberme abandonado por una semana - dice con voz ronca al tiempo que se libera rápidamente de mis manos y huye.

DIARIO DE GAL

Dios, dame fuerzas para resistir. Tú eres testigo del enorme esfuerzo que estoy haciendo pero cada día que pasa mis fuerzas se debilitan. Cada día que pasa expongo más mis sentimientos sin importarme que la gente me vea.

Dios, ayúdame a resistir. ¿Qué dirían mis hijos, mi familia, mis amigos, Walter?

Dios, no quiero sentir esto pero lo siento, cada día con más intensidad. Y sin querer blasfemar me pregunto por qué es pecado. ¿Acaso no dijo Jesús que nos amáramos? Yo la amo, Dios. La amo con su sexo igual al mío y me pregunto por qué dicen, los que dicen ser tus representantes, que esta clase de amor es pecado mientras bendicen a los soldados que van a la guerra, a asesinar, a violar, a saquear. Dios, ayúdame, yo sé que tú no me condenarías pero ellos lo hacen. ¿O tú también me censuras? Dios, estoy tan confundida. No sé dónde estoy parada, adónde voy, de dónde vengo. Sólo sé que quisiera fundirme en sus brazos y morirme en ellos si, porque es pecado, nos obligaran a separarnos.

Pero no, no, eso no es posible. No, Dios, por favor. Dame fuerzas para resistir al encanto de sus ojos cuando me miran; al embrujo de sus palabras cuando me habla; a la subyugación de su cuerpo cuando camina; a la suavidad de su piel cuando la rozo y me pierdo.

Hincada en la iglesia vacía, Gal cubrió su cara con sus manos y lloró. Desesperadamente. Su cuerpo convulsionado conmovió a los ángeles quienes, con un gesto silencioso de sus alas, la aprobaron. Jesús, desde los brazos de la Virgen, movió apenas sus labios para decir: ámala. Pero Gal, convertida en dolor, no pudo captar ninguna señal.

DIARIO DE FRANCESCA

Siempre que llueve tengo nostalgia de ti. Últimamente llueve muy a menudo.

Qué lindo es sentirte así, irreverente para el amor y el dolor, irrespetuosa de los prejuicios ajenos y de mis propias tristezas. Tus ojos rasgados sonrían negro cuando me miras así y la cara se te transforma y parece un merengue de dulce de leche. Mi mano busca tu cabello enrulado y casi no me atrevo a tocarte. Mis dedos se quedan en el aire como barriletes a mitad de camino, tímidos ante tanta belleza indefinida. Te miro, me miras y me quedo un siglo en tus ojos que hace un siglo están en los míos.

Bajan despacio mis dedos por tu cabeza, saboreándote lentamente, llegan a tu cuello y allí se quedan, absortos ante tanta suavidad, y comienzan a subir hacia tu rostro mientras me acerco y ya no aguanto, te abrazo y me abrazas y cómo te digo que te quiero si las palabras han enmudecido repentinamente de placer.

Cómo te voy a extrañar cuando te vayas, si aún no te has ido y ya te estoy extrañando.

La gente pasa corriendo buscando refugio y tú y yo, enlazados los brazos, apenas nos movemos para no separarnos. Adoro la lluvia en tu cuerpo porque así tengo una excusa más para abrigarte y tenerte. Y entonces una gota, en su último

aliento, salta desde el pavimento y te besa un ojo. Yo, celosa, me la bebo despacio y bajo por tu nariz y bebo a todas las otras irreverentes gotas que han cubierto tu rostro y llego a tu boca. Amago detenerme pero una tentación rojiza me incita a entrar y yo, aventurera al fin, me introduzco lentamente dentro de esa húmeda, placentera y provocadora cavidad.

"Siendo las 5:30 p.m. del día jueves 25 de noviembre, pongo en conocimiento de su señoría que encontré en la esquina de tal y tal, a dos lenguas casi extinguidas de placer. Ninguna de las dos quiso rendir declaración y al fin, sin más pruebas que su propia inmoralidad evidente -lamentablemente no sancionada por ley aún- procedí a dejarlas en libertad, bajo fianza de no volver a besarse. Sin embargo, ni bien abandonaron la jefatura volvieron a unirse apasionadamente, por lo que corrí tras ellas y, para mi sorpresa, escaparon riendo en una nube amarilla que se abrió paso, inexplicablemente, en medio del aguacero para desaparecer inmediatamente con las susodichas lenguas. Justo en ese momento, un rayo de sol apareció desde un rosal y guiñándome un resplandor me encandiló. Dado, sellado y firmado en la ciudad de Caracas a los doscientos doce años del natalicio del Libertador Simón Bolívar".

Cómo te voy a extrañar cuando te vayas, si aún no te has ido y ya te estoy extrañando.

DIARIO DE GAL

Buceo encantada, fascinada, maravillada, llena de placer, por las profundidades de un mar pequeño, cálido y estrecho. Buceo como si fuera una experta y es la primera vez que me interno en tales profundidades. Pero lo hago bien. Lo sé porque escucho exclamaciones de apoyo que vienen más allá del pequeño mar, allende sus costas. Yo estoy feliz. Veo colores que nunca imaginé que existían; paisajes que hasta ese momento habían sido negados a mis ojos. Yo no quiero irme nunca de este mar. Su sal me alimenta, su sal me nutre, su sal me hace nacer a una nueva vida.

Una perla cultivada llama poderosamente mi atención, me recuerda a otra perla que pocas veces vi pero que tantos placeres me ha causado. La perla es rosadita, suave, caliente. Una perla para un beso, un tesoro para mi boca, una perla para una lengua, unos dientecitos para una perlita. Un pequeño pero intenso maremoto agita mi mar. Las exclamaciones de apoyo aumentan, me alientan a seguir internándome en esas profundidades.

¡Oh! ¡Una cueva! Una pequeña cueva, cálida, oscura, húmeda, maravillosamente húmeda. Una cuevita que parece haber sido construida para el tamaño exacto de mi curiosidad. Oh, cómo se agita la perlita en mi boca, cómo se agita mi mar, cómo aumentan las exclamaciones de apoyo cuando lentamente, no conozco el terreno aunque me resulta conocido, voy introduciéndome en la cuevita

que se cierra amorosamente alrededor de mí, como si hiciera mucho tiempo que estuviera esperándome y ahora no quisiera que me fuera nunca.

Allende la costa enortijada, más allá del ecuador, dos montañas esplendorosas se elevan sobre mi deseo con una fresa roja en cada cima, completando el paisaje encantador. Yo, súbitamente convertida en experta buceadora y alpinista al mismo tiempo, avanzo despacio por una de las montañas, suavemente, muy suavemente para que no despierte y llego a la fresa, que está dura, que está madura, que está deliciosamente comible y la froto delicadamente para sacarle brillo, color. Oh, qué maremoto tan grande sacude a mi pequeño mar y sus alrededores, cómo se desbordan sus aguas sobre sus playas doradas de sol, cómo gime el caluroso viento anunciando nuevos temblores. Perdida en un mar de deseos nuevos, yo soy otro mar que ha perdido los tiempos. Sacudida de amor, me abrazo a la nueva geografía queriendo ser el mapa que la contenga.

Estoy perdida.

Feliz y maravillosamente perdida.

